

## ASOCIACION DE UNIVERSIDADES

**Palabras del doctor Jaime Sanín Echeverri en el homenaje póstumo de Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.**

De vez en cuando el huracán, el incendio, el terremoto o la inundación no se detienen ante el portalón universitario, sino que arrasan, derruyen y malogran los libros amados, las trasladadas probetas, los muros con sus pinturas venerables. Días traslucidos, pero no tanto como éste en que la cima de los valores humanos calla para siempre su voz, que resonaba alta y segura entre las arcadas, y deja paso solamente a los ecos innumerables. Monseñor Castro se retira de la Rectoría del Rosario para ocupar un nicho entre los símbolos. Sigue enseñando desde allí. Desde la imprenta alumbrarán sus oraciones maestras y sus ensayos acabados. Estamos sepultando con él ese arte de la oratoria —la profana y la sagrada— que tanto sirvió a su pueblo, difunta ya por falta de cultores. Se reconstruyen con rapidez los muros. Se adquieren nuevos libros y laboratorios. Aun los cuadros se restauran. ¿En la catástrofe de la fuga definitiva del talento, quién desde la cátedra descenderá limpio a los abismos filosóficos penetrando a la vez en el más hondo recinto de las almas jóvenes, no como ahora para abandonarlas en una angustia insoluble, sino para acompañarlas con duraderas soluciones? En la cátedra sagrada, caídos Carrasquilla y Cortés y aun demolidos los púlpitos, ¿quién traerá hasta nosotros los trenos del Profeta vivos, la serenidad de los evangelistas, la seguridad de Saulo, el terror de Juan, y en toda su plenitud el amor de Nuestro Señor? ¿Quién revivirá con palabras mejor que cinces la estampa verdadera de los epónimos?

Hay en la personalidad y en la trayectoria de Castro Silva una dimensión, la Patria, en la que no le conozco par ni segundo entre nuestros educadores. Los textos lapidarios que hacen de este patio el santuario más logrado de Colombia, ni una palabra altisonante, ni una en que el prosaísmo desdiga del motivo o del mármol. No sé si en las Américas de tantas novedades pueda encontrarse un conjunto tan poblado de armonía literaria sobre las paredes como éste que enmarcará su tumba.

Retrato de su alma que todavía jugueteaba ayer en los ojos brillantes, serenos y profundos de su ancianidad, en cada uno de sus lentos pasos solemnes, en su ademán y continente de majestad tan simple y en la sonoridad de su parla docta, estelada de reminiscencias de héroes, pensadores y santos. Los genios disfrutaban de tal intimidad de comunicación como no se logra sino en amistad muy cercana desde la niñez hasta la longevidad, que esto de la sabiduría amorosa, como el esplendor de la ceiba, no se consigue antes de ochenta años luz desde la eternidad hasta el afecto.

Para quienes pensamos en la tiranía del tiempo y el espacio no son sino otros medios dados al hombre para liberarse de tales cadenas que así lo limitan y oprimen, fácil es retirar una piedra antigua para dar campo a la armazón corporal que permaneció asociada noblemente, vaso del espíritu, a uno de los más altos y profundos espíritus de Colombia. Si queremos buenos cimientos para nuestra universidad, tenemos que estar reconstruyéndola día a día sobre la osamenta de nuestros caros muertos. Y no esta mal suponer que un espectro paternal vagará dulcemente entre los crepúsculos por los pasillos ya silenciosos, revisará entre la penumbra si todo ha quedado en su puesto, si su Colegio Mayor continúa fiel a la memoria de Fray Cristóbal de Torres y si aún es el hogar de Colombia que la atempera con luces nuevas de antiguos maderos fragantes. Estas plantas de la universidad hundidas en las cenizas de los mayores no es venderle los ojos ante los problemas del día y mucho menos ante los del porvenir en la clara lejanía de los astros, pues solo el dón poético y el profético pueden iluminarlo. Así el Rosario de los últimos años, guiado por un anciano, tiene flores de nueva simiente. Lo que Monseñor Castro recibió, joya colonial de consumada factura, es ya ebullición de múltiples disciplinas contemporáneas, comunidad de sabios, la enseñanza de Calatrava en la solapa, perforando en los más amplios campos del sér y del saber, y expectativa de que, con tan hondas raíces, habrá en los renuevos el verdor y la firmeza que duran y no la fronda inútil que el primer viento derriba.

Quede aquí un Monseñor Castro Silva orante ante La Boradita, nuevo ornamento que esmalte su capilla. Y cuando las angustias de la universidad nos atormenten con la incógnita de si estamos o no realizando nuestra misión, lleguémosnos aquí los estudiantes viejos y jóvenes a dialogar con el espíritu tutelar y hallaremos en su recuerdo la respuesta parálita de quienes obraron bien sin queja, sin ruido, sin premio visible.